



## LA MORAL, LA HONRADEZ Y EL PATRIOTISMO.

**N**UNCA se ha hablado tanto de honradez y de moralidad, como en estos tiempos de corrupción y de podredumbre. Los más incapacitados para ello, hablan con frecuencia inusitada de rectitud, de depuración, de probidad. Y hablan con un desenfado, como si fueran unos monjes de la Tebaida. A tal grado se ha perdido el sentido del decoro, del pundonor, que muchos de los aludidos como inmorales, en lugar de guardar una actitud digna, se ponen a elogiar a quien los ha ofendido públicamente. El ejemplo de don Justo Benítez y de don Protasio Tagle no flota ante los ojos de muchos de nuestros políticos. Lo han olvidado por completo, porque éstos no pueden igno-

rio de ellos no asciende en junto a la su-  
del gobierno carrancista porque tildába-  
mos a su administración de corrompida,  
de inmoral, y anhelábamos substituir a  
los funcionarios venales por hombres pro-  
bos, incapaces de traficar con los intere-  
ses de la cosa pública! No hay ahora quien  
se atreva a negar que el señor Carranza  
fué un funcionario probo, como nadie se  
atreve a negar que fué un hombre valien-  
te, extraordinariamente valiente. En to-  
dos los combates a que asistió, estuvo  
siempre en la línea de fuego, en los sitios  
de mayor peligro, para infundirles valor  
y aliento a sus soldados. En Anhele, en  
Candela, en Torreón, en Aljibes, sus ami-  
gos, sus subordinados tuvieron que arras-  
trarlo para hacerle abandonar los lugares  
donde ya estaba localizado por la puntería  
enemiga. Sus rasgos de valor y de probi-  
dad se recordarán siempre. ¡Y nosotros lo  
derrocamos al enarbolar la bandera de la  
moralización administrativa, para supe-  
rarlo en sus cualidades! Con mayoría de  
razón tiene hoy la sociedad facultades pa-  
ra discutir nuestra actuación, para que  
nosotros le demostremos con hechos, con  
acciones, no con palabras vacías, cuál ha  
sido nuestro proceder, y no estar hablan-

do de honradez y de moralidad, cuando esas palabras están en abierta contradicción con nuestros actos.

Moralidad significa pureza de intenciones, procedimientos honrados, actos de justicia, probidad en el manejo de los asuntos, respeto a la opinión pública, impulsos nobles, acciones patrióticas. La moral es la base de la justicia, del derecho, de la ley. Donde no hay moral, están perdidos los vínculos sociales, rotos los lazos de solidaridad entre gobernantes y gobernados. Por eso los gobiernos que se respetan buscan el apoyo en el pueblo, porque da fuerza, da prestigio, el prestigio y la fuerza de la moral. Y donde no hay fuerza moral, todo está perdido. En Inglaterra, el Gobierno siempre busca su fuerza en el pueblo, a tal grado, que, en caso de que desaparecieran súbitamente el rey, y las más altas autoridades inglesas, los jefes de los condados, electos verdaderamente, apoyados por los habitantes, podrían mantener el orden en todos los dominios británicos, y harían algo más que todo eso: buscar una solución a la crisis política para evitar la violencia, la destrucción y la ruina. Es decir, harían lo que hace un verdadero hombre de Esta-

do: hacer por medios pacíficos todo lo que haría una revolución social por medios violentos. Con razón cada jefe de condado lo buscan los electores entre los habitantes más sobresalientes por su sabiduría, por su honradez, por su inteligencia. A esas cualidades hay que añadir el prestigio que adquiere en el desempeño de las funciones públicas. No tiene más afán que el servir a sus conciudadanos. Ser grato, como el árbol frondoso que le da sombra a un niño. Ser justiciero como un juez imparcial. ¡Ah!, y no anda jugando con los dictados imperiosos de la opinión pública, pues no tiene más obligación que acatarlos, que obedecerlos. Y si no los quiere obedecer, y si no los quiere acatar, se marcha a su casa con la mayor naturalidad, porque allá no se juega con los mandatos de la opinión pública como quien juega con una pelota.

Esos puestos no se ocupan para enriquecerse, sino para conquistar el cariño y la estimación de sus conciudadanos. Si llegan a faltar a "las indicaciones de la honradez," el desprecio público los arrojaría de su puesto con la misma facilidad con que la cuerda tensa de un arco arroja una flecha. En México, la Revolución ins-

## SENDERS

cribió en sus banderas el postulado de exigir responsabilidades a los funcionarios indignos. El movimiento contra el señor Carranza, principalmente, condenó a ese régimen por inmoral. La verdad de las cosas es que los más enconados enemigos del señor Carranza lo atacan, y lo podrán atacar en todo lo que quieran, menos en su probidad y en su patriotismo. En repetidas ocasiones dió muestras fehacientes de amar entrañablemente a su patria. Ni aun en los días más aciagos comprometió a nuestro país con obligaciones indebidas. ¿Pues qué, acaso no recordamos que rehusó escuchar en Nogales, Sonora, en octubre de 1913, a Mr. Hull, enviado personal del Presidente Wilson, en pláticas informales, y que seguramente llegaba con el propósito de ver las ventajas que podría obtener el gobierno de los Estados Unidos? Pues qué, ¿acaso no recordamos que en el caso Benton no aceptó la intromisión de la cancillería norteamericana, que hacía una representación al Gobierno Constitucionalista por indicaciones de Inglaterra con motivo del asesinato de ese súbdito inglés, no obstante el empeño de algunos amigos del Primer Jefe para que se le diera otra contesta-

ción al Departamento de Estado? ¿Pues, qué, acaso no recordamos que no permitió que los representantes mexicanos en Atlantic City no escuchasen ninguna proposición de los otros delegados mientras las fuerzas norteamericanas ocuparan el puerto de Veracruz? En todos esos casos vimos cómo triunfó la tenacidad y el patriotismo del señor Carranza, pues nadie lo hacía variar en su actitud de defender el decoro y la soberanía de México; aun en casos en que podía contestar evasivamente, marcaba siempre con toda claridad su criterio, para no dejar lugar a dudas, para sentar un precedente, para que nadie dudara de su patriotismo, a veces un poco llamativo; pero esos principios los tenía profundamente arraigados en su corazón de mexicano. No; el señor Carranza no habría permitido jamás que determinadas leyes solamente se aplicaran a los mexicanos en nuestro país, para garantizar de esa manera el capital y las propiedades de los norteamericanos. Esos sembradores de odios deberían predicar igualdad ante la ley para los mexicanos y los yanquis. Esto sí es patriótico, honrado y noble. Así salvaremos a nuestra patria de la dominación extranjera.